



Preocupante rezago lector

El persistente discurso político de apoyo a una educación de calidad no parece haberse traducido en un avance concreto en una materia crucial como es la alfabetización. Según las proyecciones del Censo 2024 del INE, más de 400 mil chilenos se declaran analfabetos, y de ellos alrededor de 81 mil corresponderían a menores de entre siete y 14 años.

Este fue el tema central del Encuentro Alfabetización, Equidad y Futuro que recientemente se efectuó en Brasilia, ocasión en que se analizó la situación latinoamericana, la que ostenta índices deficientes de lectoría. Un estudio regional realizado por la Unesco en 2019 indicaba que el 45% de los estudiantes de tercer grado en la región se ubicaba en el nivel más bajo de lectura. Parece necesaria la actualización

proyectada de dicha investigación de manera de comprobar el efecto de la pandemia y la eficacia de los instrumentos aplicados para superar sus consecuencias nocivas en un aspecto determinante del aprendizaje escolar.

Si bien Chile presenta un cuadro menos crítico comparativamente, la tarea de la alfabetización universal sigue pendiente y especialmente compleja ha resultado la labor de subir los índices de comprensión lectora. Según el Simce 2025, más del 40% de los estudiantes de octavo básico y casi la mitad de los alumnos de segundo medio no entienden lo que leen. Superar las carencias hoy observadas es el objetivo que se ha planteado la iniciativa Por un Chile que Lee, red que reúne a distintas organizaciones sociales, académicas y actores ligados al mundo educativo, empeñada en conseguir que todos los niños a temprana

edad no solo sean capaces de leer, sino también de comprender lo que leen.

El gobierno entrante tiene un desafío en esta materia, el que debiera manifestarse en una priorización de la educación escolar temprana, luego de tantos años de énfasis discursivo y presupuestario orientado a la educación superior. La reestructuración de la educación escolar pública, hoy en proceso de tránsito a los servicios locales, puede ser una oportunidad para establecer focos prioritarios en aspectos educativos fundamentales como es la lectoría, tarea que no resulta fácil en un

mundo digital donde la imagen y el emoticón han reemplazado a la palabra y cuando el libro ha quedado rezagado frente a las pantallas. Sin embargo, no es posible tender a

un desarrollo y progreso colectivo si un grupo importante de la población es analfabeto, pues ello le implica quedar excluido de una serie de actividades cruciales de la vida en sociedad.

Un real avance en el nivel educativo no solo implica elevar los índices de escolaridad —por ejemplo, reduciendo el ausentismo—, sino también entregar herramientas de aprendizaje eficaces en ámbitos vitales como es la lectura. Si por años la discusión se ha centrado en la estructuración del sistema educativo, parece necesario cambiar el foco a la efectividad del aprendizaje, lo que requiere de profesores formados en materias propias del trabajo en el aula, apoderados comprometidos y actores educativos empeñados en apoyar la labor docente más que en reivindicaciones gremiales que desvían la atención que debiera enfocarse en el estudiante.

No es posible tender a un desarrollo y progreso colectivo si un grupo importante de la población es analfabeto.